

# El Parnaso de Coyoacán

## Historias de una librería hoy extinta

*Edgar Krauss*



EN OCTUBRE DE 2011, DURANTE UNA CONVERSACIÓN radiofónica con los escritores Philippe Ollé-Laprune, Fabrizio Mejía Madrid y Jorge F. Hernández, me preguntaron qué es lo que debe pasar por la cabeza de una persona para trabajar en una librería y no tomarlo como un empleo cualquiera, en un país como México, en donde no existen cursos de profesionalización en el ramo. A mi parecer, son tres los elementos que definen a un buen librero: memoria escrupulosa, amor desmedido por los libros y gusto por la conversación.

Armado con una convicción inquebrantable de que mi vocación pertenecía al mundo editorial, me presenté en la librería El Parnaso de Coyoacán para persuadirlos de que mi lugar estaba ahí, en aquel legendario sitio de encuentro entre escritores y buenos lectores, frente al bello jardín Centenario. Afortunadamente, me contrataron en ese momento. Era el 28 de noviembre de 1992, yo era un estudiante de la licenciatura de Ciencia Política en la UNAM y acababa de cumplir veinte años. En aquellos tiempos El Parnaso aún era una excelente librería, muy distinta a la que experimentó una bochornosa decadencia en sus últimos años y que concluyó con su cierre, en julio de 2011.

Por los días en que llegué a trabajar a esa famosa librería, no imaginé que ese paso definiría el resto de mi vida profesional. Al principio me dediqué a explorar minuciosamente cada estante y sección para reconocerme en aquellos libros.



Sin embargo, lo mejor vendría después, ya que una de las grandes ventajas de trabajar en una librería, centro natural de reunión entre escritores, es tener la oportunidad de conversar con ellos sin el protocolo y la seriedad de las presentaciones de libros. Uno de los primeros gerentes que tuvo esa librería, el experimentado librero y editor Raúl Morales, me contó que en esa librería, fundada en 1981, leyó alguna vez sus cuentos Julio Cortázar y me mostró, muchos años después, fotos de aquellos tiempos. Para mí, un entusiasta y joven lector, hallarme en ese lugar siempre fue un gran privilegio, porque leía cuanto podía y a la vez tenía el privilegio de conocer a escritores como Fernando Savater, o al escurridizo Salman Rushdie, de quien conservo mi ejemplar de los *Versos satánicos* autografiado. Los nombres de los artistas y pensadores que acudían a esa librería son muy numerosos, al igual que las historias que se pueden contar sobre ellos. Un día llegó un hombre que buscaba libros de los jóvenes escritores mexicanos. Era el etnólogo francés Marc Augé, con quien tuve el honor de tomar café y preguntarle sobre algunos temas de la Antropología moderna. En otra

ocasión, a principios de los años noventa, se presentó la gran escritora Susan Sontag y compró todos los libros de José Emilio Pacheco. En otro momento, atendí a un hombre de ojos pequeños e inquisitivos, cabello hirsuto y muy inquieto al examinar los volúmenes. Una mujer me preguntó quién era ese “viejo fachoso”. Le respondí: “se llama Francisco Toledo y es uno de los artistas mexicanos vivos más importantes.” Ella sólo movió los hombros y dio la vuelta.

Para algunos escritores —cuya fama los había convertido en estrellas populares— era muy difícil andar por la calle y disfrutar un momento de tranquilidad, como sucedía con Carlos Monsiváis, asiduo cliente de esa librería. Por su lado, en una de las constantes visitas que realizó Gabriel García Márquez, una chica se le acercó con un papelito para que le diera su autógrafo. El escritor preguntó: “¿Cómo que en un papel?” “Es que no me alcanza para comprar el libro”, respondió ella. Y aquel hombre, conocido en todo el mundo y Premio Nobel de Literatura, tomó un ejemplar de *El amor en los tiempos del cólera*, se dirigió a la caja, pagó el libro, estampó su firma y dibujó una pequeña viñeta

en las primeras páginas. Lo ofreció a la chica y le dijo: “ahora ya no tienes pretextos.”

Muchos creadores adquirirían ahí sus lecturas: Juan Villoro, Christopher Domínguez Michael, Miguel León-Portilla, Hugo Hiriart, Bolívar Echeverría, Ana Clavel, Fabrizio Mejía Madrid, Phippe Ollé-Laprune, Guillermo Sheridan, Juan Gelman, Augusto Monterroso, Bárbara Jacobs, Sergio Pitol (quien siempre iba con su perro), Enrique Krauze y Ricardo Garibay, entre muchos otros. También contamos una vez con la visita de Javier Marías, a quien, gracias a su editorial, invité a una firma de libros y al que obsequié las obras completas de Jorge Cuesta. Una brumosa mañana se presentó un hombre de anteojos y bigotes, ataviado con un suéter y con muchos papeles bajo el brazo. Mi amigo César se acercó y le dijo: “usted es Carlos Fuentes, ¿verdad?” El hombre respondió: “no, ya estoy cansado de ser Carlos Fuentes, pero a veces me gustaría, porque su mujer me encanta.”

Contar con una gran biblioteca es un símbolo de prestigio, sobre todo si los libros están encuadernados en piel o son parte de una colección muy afamada, como se puede ver en las fotos de funcionarios o políticos —aunque jamás los lean—. Algo muy similar ocurría cuando llegaba cada fin de semana la dueña de un conocido sindicato para comprar, con gran ceremonia, todos los libros disponibles sobre Historia de México, Filosofía clásica y moderna, Pedagogía y Psicología. Seis meses después, los empleados del almacén que iban a entregarle los libros a su casa comentaban: “ni siquiera les ha quitado el celofán, los libros están amontonados”.

El 23 de marzo de 1994, un cliente fiel de la librería revisaba con mucho interés los libros de Kant y Herder, cuando uno de mis compañeros se acercó a comentarle: “maestro Granados Chapa, acaban de asesinar a Luis Donald Colosio en Tijuana.” El periodista preguntó, muy sorprendido: “¿está usted seguro

### *In memoriam*

*Casa del tiempo* lamenta el fallecimiento del periodista **Miguel Ángel Granados Chapa** —doctor Honoris Causa por la Universidad Autónoma Metropolitana—, y el del escritor y traductor **Tomás Segovia**, autor de nuestra casa de estudios.



Fotografía: Alejandro Juárez

No, no,  
tu destino ni ha muerto ni es tu esclavo.  
Soberbia y Miedo, confesad:  
la vida toda fue verdad.

Tomás Segovia, “Confesión”



Fotografía: Pascual Borzelli



de lo que dice?” Y ante la respuesta afirmativa, salió a toda prisa para investigar lo que estaba ocurriendo.

La librería El Parnaso también fue visitada por personajes de la vida política, como José Francisco Ruiz Massieu, quien compraba libros de Historia, o Miguel de la Madrid, tiempo después de su mandato, por lo que las instalaciones repentinamente se veían tomadas por visibles hombres de negro y *walkie-talkies* en la mano: el Estado Mayor Presidencial. También solía comprar ahí sus libros, sin tanta alharaca, el entonces Jefe de Gobierno del DF, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, quien gustaba de los títulos de Filosofía e Historia. Por supuesto, no todos los visitantes eran intelectuales o políticos, y uno de los clientes frecuentes era el cantante Joaquín Sabina, quien compraba libros de poesía y novelas, además de ser siempre amable y bien dispuesto a una foto con sus fieles; así como las cantantes Ely Guerra y Julieta Venegas. También vimos allí al pintor Raúl Anguiano, al arquitecto Teodoro González de León, al fotógrafo Rogelio Cuéllar y al actor José Carlos Ruiz, quien me contó numerosas anécdotas sobre el cine mexicano y del poderoso Emilio “El tigre” Azcárraga, amigo suyo.

Uno de los personajes inseparables a la librería y a Coyoacán fue el poeta Moisés Evaristo Orozco Leal, “Moieva”. Poseía un aspecto de profeta bíblico: altísimo, con una barba milenaria, calvo, y dueño de una voz estruendosa. Recitaba sus poemas en el jardín y vendía mariposas de obsidiana. Fue rival acérrimo de otro poeta, Alejandro Aura, el entonces dueño del bar El hijo del cuervo. Aseguraba que fue amigo de John Lennon (quien le habría obsequiado las gafas redondas que usaba), Jean-Paul Satre, Juan Rulfo, Bertrand Russell y César Vallejo, entre otros escritores. Me contó algunas de las historias más extraordinarias que se le hayan ocurrido a alguien, como el día que me relató cuando conoció a Ernesto Guevara de la Serna jugando al rugby en plena selva del Amazonas, y al que le dijo: a ti te llaman “el Ché”, ¿verdad? Murió hace unos diez



años y sospecho que su nombre y su larga lista de libros publicados serán injustamente olvidados.

Una ocasión, una persona le preguntó a Olga, mi asistente, si podía tomar fotografías en la librería. Escuché la conversación y le pregunté si era reportero. Me dijo que no, pero que Lupe Esparza se encontraba ahí y quería aprovechar el momento. Yo pensé que era una señora, y entonces descubrí que se trataba del vocalista del grupo Bronco.

El Parnaso de Coyoacán es la única librería en México —hasta donde sé— en donde ha muerto alguien y el hecho me conmueve doblemente, porque se trató de mi amigo Luis Lorenzano Ferro. Luis era un exiliado argentino que llegó a México a finales de la década de los setenta, huyendo de la dictadura militar en su país. En el viaje conoció a su primera esposa, con la que tuvo dos hijos: Leonardo y Luis (si recuerdo bien). Nos hicimos amigos gracias a una entusiasta conversación accidental sobre la trilogía “Los sonámbulos”, del genial escritor austriaco Hermann Broch. Luego de eso, visitaba los fines de semana la librería, para comprar muchísimos libros de humanidades y literatura. Era doctor en Filosofía y profesor de tiempo completo en la UAM Xochimilco (por ello, el hecho de que este texto se publique en *Casa del tiempo* le rinde también un homenaje). Me visitaba cuando podía y hablábamos de libros y de la vida misma. Por aquellos días de 1997 yo estaba desolado, pues mi padre



acababa de morir. Luis me ofreció palabras muy sabias de resignación y valor, que luego tuve el honor de transmitir. A principios de septiembre, se le veía extenuado, por lo que le insistí en que tomara vacaciones. Me dijo que no podía irse, ya que sus deberes eran demasiados. Luego, me visitó un día ya marcado por la fatalidad: el 19 de septiembre. Aquella vez hablamos mucho de los artículos que yo publicaba en el diario *Reforma* y él en *La Jornada*. Después de una amena conversación, regresé a mi oficina y él fue a buscar libros. Unos minutos más tarde, Enrique, uno de mis compañeros, llegó exaltado y me dijo: “tu amigo se está convulsionando.” Llamamos desesperadamente a una ambulancia, mientras lo acompañaba y le pedía que resistiera. Los paramédicos tardaron diez minutos en llegar, pero fue demasiado tarde. Simplemente murió frente a mí, sin que pudiera hacer nada por él. Un sábado salió de su casa y el domingo ya estaba en el cementerio. Tenía 53 años.

Había prometido contar esta historia a mi ahora amiga Sandra Lorenzano, prima de Luis. Saldo mi compromiso.

La ex esposa de Luis me contó después que el diagnóstico médico fue puntual: derrame cerebral masivo. Un par de meses más tarde, llegó a buscarme un adolescente: “Soy Leonardo —me confió—, el hijo de Luis, y me gustaría saber cómo falleció mi papá.” Experimenté un terrible pesar por él y salimos a tomar un café; mientras, le narraba cada detalle de nuestras conversaciones, así como del día en que murió. Le conté también que mi padre había muerto hacía poco tiempo y le entregué cada una de las palabras que Luis Lorenzano, su papá, mi amigo, me prestó. “Esto es lo que tu papá quería que pensaras —le dije a aquel apesadumbrado muchacho— quédate tranquilo.”

Trabajé en esa librería hasta el 31 de enero de 2001. Hoy lamento la desaparición de la que fue mi verdadera universidad. El dueño de El Paranaso de Coyoacán y quien no pudo evitar su decadencia, Antonio Sultán Achar, asegura públicamente que su cierre obedeció a intimidaciones por parte de funcionarios de la Delegación Coyoacán y a la crisis económica.

Yo sólo deseo que en esa esquina abran otra librería. Sería un acto de justicia a la memoria de la que llegó a ser una de las mejores en Latinoamérica. 🗿